

Premio Asturias de novela

SHERLOCK HOLMES
Y LA SABIDURÍA
DE LOS MUERTOS

rodolfo martínez



Premio Asturias de novela.

Sherlock Holmes contra la estirpe de Lovecraft.

«He dicho a menudo, Watson, que cuando se ha eliminado lo imposible, lo que queda, por improbable que pueda parecer, es la verdad. Pero ¿qué sucede cuando no se puede eliminar lo imposible?».

Siguiendo un extraño caso de suplantación de personalidad, el famoso detective londinense se ve envuelto en una feroz intriga entre sectas luciferinas, la legendaria Amanecer Dorado y la francmasonería egipcia, por la posesión del grimorio definitivo, el libro que abre las puertas del infierno, conocido bajo muchos nombres: *Al Azif*, el *Libro de lo que dicen los Espíritus del Desierto*, el *Libro de los nombres muertos...* o el *Necronomicon*.

Rodolfo Martínez coloca frente a frente a dos de los grandes mitos literarios de todos los tiempos: el detective de Baker Street y el solitario de Providence. El resultado es una apasionante narración que podría estar firmada por aquel fotógrafo de hadas y aficionado al espiritismo llamado Arthur Conan Doyle.

«Mi más firme recomendación para esta novela, una de las realmente valiosas de los últimos tiempos en España». Julián Díez en *Gigamesh*.

«Rodolfo Martínez nos presenta a Holmes tal como siempre lo quisimos ver: altanero, inteligente, y enfrentado al más grande de los misterios del fantástico». Rafael Marín, autor de *Lágrimas de luz*.

«Una historia contada con garra y suspense, recreando el estilo original del doctor Watson con una fidelidad sorprendente. Una lectura imposible de abandonar una vez comenzada». Gabriel Bermúdez Castillo, autor de *El país del pasado*.

*There is nothing in which deduction is so
necessary as in
religión. It can be build as an exact science by
the reasoner.
Our higkest assurance of the goodness of
Providence seems
to me to rest in the flowers. All other things, our
powers, our
desires, our food are really necessary for our
existence in the
first instance. But this rose is an extra. Its
smelland its colour
are an embellishment of life, not a condition of
it.*

Sherlock Holmes en The Naval Treaty

Introducción a la primera edición

En el mes de abril de 1993, mi amigo Juan Luis Montoussé se trasladó a Londres, contratado por el Instituto Cervantes para impartir clases de español. Tardé algún tiempo en recibir noticias suyas, y cuando lo hice fue a través de una postal en cuyo anverso podía verse el Big Ben al anochecer y en cuya parte posterior me informaba de que esperaba poder volver a España a finales de junio. Me decía también que tenía una pequeña sorpresa preparada para mí. Supuse que la sorpresa en cuestión sería tal vez una edición inglesa de alguna obra de Tolkien, o bien la versión original de *Watchmen* por la que yo le había manifestado mi interés a Juan Luis tiempo atrás.

El dos de julio me llamó por teléfono. Había llegado a España y se quedaría durante un par de semanas. Quedamos en vernos en Oviedo al día siguiente y, antes de colgar, dejó caer un comentario un tanto intrigante sobre mi «sorpresa».

Bien. El día llegó, pasó la mañana y, después de comer, tomé el autobús con destino a Oviedo. Cuarenta minutos después entraba en la cafetería en la que nos habíamos dado cita. Allí estaba Juan Luis, sonriendo apenas mientras daba unos golpecitos con la mano a un paquete, algo mayor que una Biblia grande, que había junto a él en la mesa. Me senté e intercambiamos los chismes de rigor. Luego, cogió el paquete y me lo tendió.

Pesaría algo más de dos kilos y mis dedos notaron perfectamente el metal bajo el papel. Lo desenvolví y, en efec-

to, me encontré con una caja metálica, llena de desconchones y abolladuras, cuya cerradura, antigua y más bien simple, parecía haber sido forzada hacía tiempo. En la parte superior había algo escrito: «Cox & Company. Charing Cross». Y un poco separado y en un tipo de letra algo más pequeño: «John H. Watson, M. D.». Alcé la vista y miré a Juan Luis, intrigado. Él se limitó a sonreír mientras, con un gesto, me indicaba que abriera la caja.

Así lo hice. Contenía varios centenares de folios manuscritos en inglés, ya amarillentos por el tiempo. La letra, aunque nerviosa, era perfectamente legible y no me costó mucho trabajo comprender lo que decía. Al segundo párrafo ya no sabía qué pensar sobre el tema. El estilo me era tan familiar, los nombres tan conocidos como si ya hubiera leído todo aquello media docena de veces. En realidad así era. Se trataba, o eso parecía, del original de la historia del doctor Watson «The Final Problem» y allí estaba todo lo que yo recordaba con total perfección: Moriarty, Holmes disfrazado de cura italiano, la caída en las cataratas de Reichenbach...

—¿Qué clase de broma es ésta? —pregunté.

—Ninguna.

Seguí leyendo. Había otros manuscritos de historias que ya conocía. Luego, éstas terminaban y, sin que la letra o el estilo cambiasen, daban comienzo una serie de narraciones que me resultaban completamente desconocidas, pese a ver en ellas los mismos nombres que en las anteriores. Títulos como «The Adventure of the Faked Murderer», «The Giant Rat of Sumatra», o «Bert Stevens, Murderer» nunca habían sido publicados que yo supiera como casos de Sherlock Holmes. Y sin embargo, a la memoria me venía ahora el comentario del doctor Watson en «El vampiro de Sussex» sobre «la aventura de la rata gigante de Sumatra, para la que el mundo aún no está preparado». Las historias desconocidas (algunos de cuyos títulos, sin embargo, reconocí como casos de Holmes a los que Watson aludió algu-

na vez pero nunca llegó a publicar) seguían hasta el final de los folios. La última era prácticamente una novela por su extensión y, cosa curiosa, carecía de título.

Entretanto, Juan Luis no había dejado de mirarme, siempre con la mitad de una sonrisa plantada en la boca y un brillo de regocijo en los ojos. Terminé mi inspección de los manuscritos y le hice la pregunta evidente e inevitable:

—¿Dónde conseguiste esto?

Cerca del Soho, me dijo, había una pequeña tiendecita de antigüedades. Juan Luis había entrado en ella una tarde, buscando alguna cosa no muy cara, pero con cierto aspecto de ranciedad que pudiera colocar quizá como pisapapeles en su despacho del Instituto. Nunca supe si había encontrado o no lo que buscaba. Pero, mientras lo hacía, se dio de lances con la caja. Al principio, lo que había escrito en su superficie no le dijo nada. Al fin y al cabo, Watson no es un apellido infrecuente y no relacionó las iniciales M. D. con el doctor Watson que había inmortalizado a Sherlock Holmes hasta un par de minutos más tarde, cuando había apartado la caja a un lado y seguía rebuscando por la tienda. Cuando según sus propias palabras «cayó de la burra», le faltó poco para abalanzarse sobre la caja y echar un vistazo a su contenido. Las palabras «Holmes», «Napoleón of Crime», «professor Moriarty» saltaron a sus ojos casi inmediatamente. Llamó al propietario de la tienda y le preguntó por el precio de la caja; éste pareció sorprendido de que alguien estuviera interesado en un objeto así y le dio un precio ridículamente bajo: diez libras. Juan Luis apenas pudo ocultar su nerviosismo mientras pagaba y se iba de la tienda.

—Y eso es todo. Supuse que te interesaría.

¿Interesarme? Podría matar por algo así. Incluso aunque los manuscritos fueran apócrifos (algo que yo todavía tenía que investigar), parecían lo bastante antiguos para que su valor fuese casi el mismo que si resultaban auténticos.

—Considéralo mi regalo de cumpleaños.

No me lo podía creer. ¿Me estaba dando la caja y su contenido? Lo estaba haciendo. Lo había hecho.

Luego, aquella misma noche, al llegar a mi casa, lo primero que hice fue sacar de mi biblioteca la edición facsímil realizada por Allen & Unwin de *The Sign of Four* en 1978, que incluía, como apéndice, la reproducción de algunas páginas del manuscrito original de Watson. No soy ningún experto calígrafo, pero no hacía falta serlo para ver que aquella letra nerviosa en la que estaba escrita la segunda novela de Sherlock Holmes era la misma que había emborronado los folios de la caja. Se trataba, sin la menor duda, de la mano de John H. Watson, doctor en medicina, antiguamente destinado como cirujano ayudante en el 5.º de Fusileros de Northumberland, herido en la guerra de Afganistán y, tras volver a Inglaterra, residente en el 221 B de Baker Street, amigo y biógrafo de Sherlock Holmes; el hombre que con su pluma había inmortalizado al más excéntrico y genial de los detectives privados.

Pasada la sorpresa inicial, no era tan extraño el que existieran manuscritos inéditos del doctor Watson. Al fin y al cabo, él mismo hablaba de algunos casos de Holmes que todavía permanecían inéditos, y era más que probable que algunos de ellos ya hubieran sido escritos y esperasen sólo la ocasión para ver la luz. Lo que me resultaba inexplicable era que aquellos manuscritos hubieran acabado apilados en una tienda de antigüedades poco conocida en un rincón apartado de Londres. Aún hoy, tal hecho sigue siendo un enigma para mí.

Como he dicho, de entre las historias inéditas había una cuya extensión hacía de ella una novela. Ya me había llamado la atención el hecho de que no llevara título y, aquella noche, permanecí despierto casi hasta el amanecer mientras la leía.

Acabada la lectura, no sabía muy bien qué pensar. El bueno de Watson hablaba en ella de cosas tan extrañas e increíbles que llegué a pensar que quizá chocheaba ya en

el momento en que la había escrito. Pero, por otro lado, la historia estaba impecablemente narrada, sin el menor atisbo de degeneración mental por parte de su autor, pese a los hechos a veces inverosímiles de los que afirmaba ser testigo. Además, la novela era interesante por otros motivos: desvelaba interrogantes tales como la verdadera misión de Holmes durante los tres años (de 1891 a 1894) en que el mundo le había dado por muerto, o cuál era la relación entre Watson y el también médico y escritor Arthur Conan Doyle, a cuya pluma habían sido atribuidas originalmente las historias de Holmes, o de qué trataban algunas de las historias de cuyo contenido el fiel doctor no había dado, en otras narraciones, más que pistas mínimas, o, en fin, desentrañaba de una vez por todas el misterio en torno al matrimonio, o los matrimonios, del doctor Watson.

Por todo eso no pude resistir la tentación de traducir al castellano aquel manuscrito. Terminé la primera versión en poco menos de un mes y lo primero que hice fue sacar varias copias y enviárselas a algunos de mis amigos holmesianos, como Carlos Díaz Maroto, Javier Cuevas, José Luis González o Gabriel Bermúdez. La respuesta fue unánime y entusiasta; debía rematar la traducción, preparar el texto para su publicación y ponerme, inmediatamente, a la búsqueda de un editor.

Así lo he hecho, tras lo que sólo me queda desear que ustedes disfruten con estas nuevas historias del doctor Watson tanto como yo lo hice, en su momento, leyéndolas y traduciéndolas.

RODOLFO MARTÍNEZ

Diciembre 1994

Primera parte

La Sabiduría de los Muertos

Prólogo

Hasta hoy mi pluma ha vacilado ante el papel a la hora de contar el caso en el que Holmes y yo nos vimos envueltos a principios de marzo de 1895. Me movía a ello el respeto por el que fuera mi agente literario y amigo, quien, muy a su pesar, se había visto involucrado en el asunto y cuyo buen nombre no podía yo dejar en entredicho. Es cierto que tal impedimento ha desaparecido hace tiempo, pues unos años atrás él fue tan amable de otorgarme por escrito su permiso para dar a la luz pública el asunto, si bien, pese a todo, seguía siendo lo bastante delicado para no animarme todavía a narrarlo y publicarlo. Sin embargo, su fallecimiento hace menos de un año supone que bien poco se puede inquietar ya por su buen o mal nombre y el escándalo, caso de producirse, difícilmente podrá salpicarlo. Tengamos en cuenta también que pertenecer a una sociedad como aquélla de la que él fue miembro no es considerado de igual manera hoy que a finales del siglo pasado. Las personas cultas de esta época lo miran como uno más de los muchos caprichos de la clase intelectual y artística de la era victoriana. Opinión que, tal y como lo veo, no puede estar más alejada de la realidad. Supongo que los planes del señor Mathers y sus sucesores para dotar de legitimidad sus no sé si llamarlas prácticas han tenido, cuanto menos, el éxito relativo de volverlas, quizá no respetables, pero sin duda sí pintorescas. Sin embargo, no es ése el único motivo que me ha obligado a permanecer en silencio. Aunque durante mi larga asociación con el señor Sherlock Holmes asistí a asuntos de la índole más extraordinaria, grotesca e incluso inverosímil, pocas veces nos vimos envueltos en un misterio que pusiera más a prueba (aunque

en cierto extraño y retorcido modo las confirmara) nuestras concepciones del mundo. En realidad temo, al trasladar esos acontecimientos al papel, que los hombres de esta época los tomen por los desvaríos de un octogenario. Afirmino que no es así, mas ¿no afirmaríamelo mismo aun cuando no fuera cierto? Quizá mi memoria pueda flaquear, pero las notas que en su momento tomé del caso y que fueron muy detalladas están aún a mi disposición (de hecho, las tengo frente a mi mientras escribo esto), y si bien los recuerdos de los acontecimientos más cercanos se desvanecen con rapidez, conservo una imagen nítida y precisa de cuanto aconteció durante el pasado siglo. Pese a todo lo dicho, es muy posible que mi pluma hubiera permanecido silenciosa de no haber sido por un acontecimiento, aparentemente trivial y que, sin embargo, se revelará de enorme trascendencia a medida que vayan leyendo las páginas que siguen.

Hace pocos meses, un joven médico con el que me unía un fuerte lazo de amistad (él había comprado mi consulta en Kensington cuando me retiré del ejercicio de la medicina) volvió de unas vacaciones en los Estados Unidos y se trajo con él varios ejemplares de un *magazine* barato, impreso en papel de pulpa y que contenía varios relatos de ese género llamado horror sobrenatural, torpemente escritos y abundantemente sobreadjetivados. Poco aficionado soy a ese tipo de narraciones, pese a que en mi juventud me pude haber sentido atraído, aunque nunca fascinado, por las imaginaciones febriles del señor Poe, o los gusanos primordiales surgidos de la pluma de Bram Stoker. Hace ya tiempo, sin embargo, que busco descanso en la literatura, no sobresaltos; que cuando abro un libro es para recorrer un territorio familiar y entrañable, no para descubrir que cuanto creía conocer está lleno de esquinas inesperadas. Soy ya viejo, y mi máxima aspiración es pasar con tranquilidad (incluso aceptando el inevitable regusto de aburrimien-

to que ésta lleva consigo) los años, pocos o muchos, que me quedan por vivir.

Sin embargo, en varios de los cuentos que publicaba esa horrible revista me encontré con datos que sólo podían haber sido obtenidos de una forma. Su autor los disfrazaba como ficción, lo que no me impidió reconocerlos, horrorizado, como el fruto último de los acontecimientos que se iniciaron a finales de febrero de 1895. El apellido del autor no me es del todo desconocido, ni tampoco lo ha resultado para Holmes, a cuya residencia de Sussex envié varias copias de los relatos en cuestión. Su respuesta, característicamente breve e imperativa, no se ha hecho esperar: «Creo que ya es hora de que el mundo lo sepa, Watson», en una letra a la que los años no han vuelto más vacilante o menos peculiar. Sí, yo también creo que ha llegado el momento.

Por lo tanto, en este mes de mayo de 1931, y pese a que todo me pide que lo deje estar, que lo olvide, que no le dé más vueltas al pasado, doy comienzo a lo que quizá sea la última historia de Sherlock Holmes que salga de mi pluma. Estamos en un siglo que ya no es el nuestro, sin la menor duda: los coches de caballos han desaparecido de las calles de Londres, los aviones y zeppelines cruzan el cielo, una guerra espantosa nos separa de nuestra época, y el mundo ha cambiado de tal manera que nada me resulta ya reconocible. Sherlock Holmes y yo pertenecíamos al siglo XIX y creo que también nuestros lectores. Es por tanto posible que no haya ya nadie interesado en leer lo que me dispongo a contar. No importa; la recompensa del escritor, del cronista, del biógrafo, es su propio trabajo. Lo demás es accesorio.

Hace tiempo que me he desvinculado del mundo literario londinense, y con la muerte de mi agente el aislamiento se ha hecho mayor. Tal vez no encuentre editor para esta historia. Eso, sin embargo, no hará vacilar mi pluma, como no lo hizo nunca en todos los años que tuve el privilegio de

compartir la vida del hombre más extraordinario, inteligente y bondadoso que he conocido.

John H. Watson, M. D.

(Antiguamente del 5.º de Fusileros de Northumberland)

Londres, mayo 1931

Capítulo I

El explorador que nunca existió

Cuando me levanté aquella mañana, Holmes ya estaba en pie desde hacía un buen rato. Sobre la mesa de la sala de estar yacía su desayuno, devorado a medias, y mi amigo se apoyaba en el quicio de la ventana, con el periódico doblado bajo el brazo y una expresión en el rostro afilado y seco que yo conocía bien.

—¿Ocurre algo, Holmes? —le pregunté mientras me sentaba a desayunar.

—Eso quisiera saber, Watson —dijo, alejándose de la ventana y tendiéndome el periódico—. La página tres, segunda columna.

Mientras untaba mis tostadas con mantequilla le eché un vistazo a la noticia que Holmes me había señalado. Era el anuncio de una conferencia sobre las costumbres tribales de los bosquimanos africanos, por parte del explorador noruego Sigurd Sigerson, residente en Londres desde hacía algunos meses. No me pareció un acontecimiento especialmente merecedor de que mi amigo le prestase atención, y así se lo dije.

—Realmente —me respondió Holmes con una sonrisa —, su memoria flaquea. ¿No le dice nada ese nombre de Sigerson?

Traté de hacer memoria. El recuerdo acudió a mi cabeza enseguida, y lo habría hecho inmediatamente después de leer la noticia si no me hubiera encontrado aún en los umbrales del sueño. Hacía casi un año que Holmes había reaparecido en mi vida después de tres durante los que le ha-